



Pedro Gárces

VILLENENA, 15 Agosto 1909

Núm. 64

LA LUZ DEL PORVENIR

PERIÓDICO QUINCENAL ESPIRITISTA

ÓRGANO DEL CENTRO DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

LA CARIDAD

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN

Villena, un trimestre 0'30 peseta
Fuera 0'45
Número suelto 0'05

PAGO ADELANTADO

ADMINISTRACIÓN

Calle de San Cristóbal, número 12

Defendiendo las doctrinas de Kardec

LA EXPIACION

EXPIACION: acción de sufrir y pagar la pena merecida por un delito.

(Diccionario)

DICEN varios escritores espiritistas (ó mejor dicho, que estudian el Espiritismo), que no aceptan ni la *expiación* ni la *prueba*: esta última, en el sentido que le dan á esa palabra, tampoco la acepto yo; porque dicen generalmente: Dios *prueba* á sus hijos y les manda toda suerte de calamidades para probar su resistencia. Y yo creo, que Dios que *vé* de toda eternidad, no necesita probar su propia obra; eso se queda para los hombres que no ven más que lo que tienen delante (y eso con trabajo). Podrá el espíritu en el espacio hacer sus proyectos, tantear sus fuerzas, preguntarse á sí mismo si se encuentra con valor para saldar algunas de sus cuentas y decidirse á probar su resistencia y su energía y el empuje de su voluntad, pero esto es obra del espíritu únicamente, porque Dios está á mucha más altura con la inmutabilidad de sus leyes; leyes que rigen desde que los mundos giran dentro de sus órbitas. Dios les dió á los espíritus el progreso y el tiempo para trabajar eternamente en su perfeccionamiento; ni *premia* ni *castiga*, sólo se cumplen desde la noche de los siglos sus sentencias inapelables; el malvado no puede ser dichoso hasta que no se ha purificado por la abnegación, por el sacrificio, por el heroísmo en bien de sus semejantes: he aquí toda la ley. La *prueba* no la acepto como originaria de Dios; en cambio acepto la *expiación* como base, como cimiento granítico de la vida, como fuego permanente que con su

calor unas veces nos alienta, y otras veces nos abrasa sin piedad. Sin la expiación, la Justicia divina sería completamente irrisoria, Dios sería una monstruosidad inadmisibile, porque si Él es fuente de toda la vida, si de Él reciben todas las especies, sus instintos, sus energías, su voluntad, sus medios de acción, ¿por qué crea ángeles impecables y criminales sin corazón? ¿Por qué nacen seres atractivos, simpáticos, hermosos y criaturas deformes, los unos sin brazos, los otros sin piernas, aquellos ciegos, esotros sordomudos, unos con un talento asombroso y otros idiotas? Si todos son sus hijos, si todos han recibido el soplo divino de su aliento, ¿por qué para unos es Padre amorosísimo y para otros un tirano más cruel que todos los tiranos de la tierra? Si todos al recibir en su cerebro el rayo de la luz suprema no tienen historia (porque acaban de nacer), ¿qué fatalidad tiene que pesar sobre determinados seres? Si no han pecado, si no han vivido, si no han tenido tiempo de caer, ¿porqué son condenados al mayor suplicio? ¿por qué han de ser víctimas de una injusticia que no hay quien la castigue? Esta desigualdad que se vé, que se toca, que impresiona dolorosamente á todo aquel que tiene sentido común, ¿no nos dice, no nos manifiesta, no nos prueba que hay algo oculto en la vida de ayer? ¿No se dice que no hay efecto sin causa? pues el efecto que vemos demuestra claramente que la causa existe, y esa causa no puede ser el capricho y la injusticia de Dios, porque Dios no puede ser ni injusto ni caprichoso; Dios es inmutable en sus leyes, su balanza no se inclina bajo ningún peso, cuanto existe lo tiene pesado y medido de toda eternidad; á Dios, pues, hay que dejarle irradiando en la Creación; las humanidades viven dentro de sus leyes, haciendo uso de su voluntad, de su inventiva, de su iniciativa para practicar el bien y el mal; esto las religiones lo han ocultado, porque no les convenía que el hombre supiera que de su trabajo y de su heroísmo dependía su salvación eterna (que no hay tal salvación eterna), lo que hay es progreso eterno, que nadie se pierde ni se salva, porque la vida no tiene fin, y no teniéndolo, el pecador no puede perderse porque el mal no subsiste siempre; no es el mal el objetivo de la vida, el objetivo es el bien, porque si el hombre no aspiraba al bien, sobraba la eternidad de la vida, sobraba el trabajo, sobraba la lucha, sobraba el progreso, sobraba cuanto existe.

Muchos siglos han vivido los hombres sin saber por qué vivían, hasta que, afortunadamente, nació un hombre (hace un siglo) que trajo la misión de decirle á la humanidad: *Lecántate y anda*, recorre la senda de tu vida, no como un autómeta, no como un creyente sin saber por qué crees ni en lo qué crees, sino haciéndote cargo que has vivido ayer y que vivirás mañana; y no te lo digo yo aisladamente, haciendo el papel de profeta, ni de adivino, ni de agorero, ni de augur; te lo dicen tus deudos de ayer, tus seres más

queridos, los genios á los que tú has rendido tu tributo de admiración; los sabios más renombrados, las generaciones de pasados siglos acuden presurosas para despertar á la humanidad que hoy se agita en la tierra sin saber por qué unos son dichosos y otros inmensamente desgraciados: preparáos, prestad con seriedad atención profunda á las comunicaciones de los espíritus. Esto dijo Allán Kardec á las muchedumbres: se despertó la más viva curiosidad, se pusieron en juego diversos procedimientos: y los espíritus se comunicaron en los palacios de los Césares, en los escondrijos de los conventos, en las moradas de los príncipes de la iglesia, en las cabañas, en los Centros de instrucción: en todas partes hablaron *las lenguas de fuego y se hizo la luz*, pero como al hacerse la luz, muchos *grandes se vieron pequeños*, no todos se conformaron con un pasado denigrante y con un presente doloroso en justa expiación de sus crímenes de ayer y se echó tierra sobre las comunicaciones de los espíritus, y se dijo que todo era producto de agitaciones cerebrales, y se negó la mediumnidad, y como dice muy bien el distinguido escritor Navarro Murillo, «en su fiebre negativa, *gracias que perdonen la vida á Dios*, porque puestos á negar, lo van hilando tan delgado, que no va á quedar del hombre ni su sombra; todo es mentira, todo son alucinaciones y supercherfías.» Gracias, que como dice muy bien Allán Kardec en su Libro de los Mediums: «*El crítico completo del Espiritismo, está todavía por aparecer*», y yo creo que no aparecerá, porque es superior á la crítica humana la vida universal, y el Espiritismo es la manifestación perpétua de esa vida, es la voz de la eternidad, es el eco de todos los gemidos y de todas las carejadas que han lanzado las humanidades en sus horas de martirio, y en sus noches de desenfreno: es la manifestación de la vida que no tiene interrupción ni en el sepulcro; y no hay hombre, por sabio que sea, no hay inteligencia superior á las demás inteligencias que pueda abarcar el gran conjunto del infinito. Hay quien dice: no acepto la expiación, y es porque la expiación le humilla, porque hay hombres que se creen superiores á todos sus semejantes, y la expiación es un *nivel* que nos mide á todos por igual. Yo la acepto y creo que la expiación es como dije anteriormente, la base de la vida, base indestructible, cimiento granítico, que solo Dios pudiera destruir y Dios edificó de toda eternidad.

La expiación es la historia de todas las humanidades, ella nos impulsa al progreso; ella nos marca el derrotero que debemos seguir, ella es la voz de la verdad; no nos halaga, porque la verdad es adusta, pero nos enseña, nos ilustra, nos educa, nos dice lacónicamente: *Levántate y anda*, porque de tí depende tu felicidad ó tu infortunio. No te humille tu pasado, porque no hay un solo espíritu que haya sido impecable; si hubiera existido, sería igual á Dios y Dios es único de toda eternidad.

La expiación es el libro de *texto* que usan los espíritus protectores en la Universidad llamada tierra; no hay sabio que nos dé mejores y más útiles lecciones, y para que éstas sean más comprensibles, han venido los espíritus á enseñarnos, á leer en la historia de nuestro pasado, siendo Allán Karlec nuestro gran Maestro. ¡Bendita sea la hora que encarnó en la tierra! ¡bendita mil veces!... Por él sabemos, que los criminales de ayer, son los ciegos de hoy, los sordo-mudos, los idiotas, los que carecen de los miembros más necesarios para poderse valer, *que no se gana lo que no se obtiene, que no se recoge lo que no se siembra*, que en los campos que ayer regamos con sangre de nuestros hermanos, no podemos encontrar más que zarzas espinosas. Sin la expiación nuestra vida sería la negación de Dios, y no podemos negarle porque vivimos, que como dijo un poeta y dijo muy bien:

Si Dios no fuera Dios ¿quién Dios sería?
la clara prueba de que Dios existe,
es que hay algunos hombres que lo niegan.

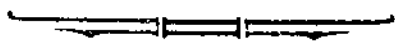
Yo creo que la expiación no nos humilla, porque nadie está exento de ella, todos tenemos un dolor oculto, un deseo no realizado, una contrariedad íntima que se parece á la gota de agua horadando la peña. Nadie es dichoso; el magnate opulento que posee inmensos tesoros suele morir de hambre, porque una dolencia física le impide alimentarse; el sabio que consume su vida preguntando á la ciencia dónde está la verdad, se queda á lo mejor sordo ó ciego como le sucede á *Elisson* que tanto bien ha hecho á la humanidad con sus inventos. Todos, cuando menos lo piensan, tienen que comparecer ante el tribunal del tiempo, donde la expiación actúa como juez supremo y no vale ser sabio y hasta ser bueno para que nos rebajen la pena; la ley se cumple por igual para los grandes y los pequeños. La verdadera igualdad existe únicamente en la expiación.

Antes se creía que la muerte era la igualitaria que lo mismo destruía al pobre que al rico, y no es así, porque si no hubiera más igualdad que la que ejerce la muerte, que haría en pie la misma injusticia que observamos en las distintas clases sociales: para unos mausoleos de mármoles y jaspes, para otros la fosa común. La expiación llama por igual al pobre y al rico, al sabio y al ignorante, al criminal y al hombre de bien, al creyente y al ateo, porque como todos hemos vivido ayer, y todos tenemos una historia, todos tenemos una causa pendiente y nuestra sentencia apropiada al delito cometido. Yo creo que la expiación es la manifestación de la verdad suprema, es la voz de la Justicia divina, diciendo á las humanidades: Sólo hay un camino para llegar hasta Dios: ¡el amor y la ciencia!

Amalia Domingo Soler.

Pensamientos

Amar es mucho mejor que odiar, pues el odio es amarguísimo, el odio conduce al mal y llena el alma de remordimientos y tristeza. El odio es muy malo, Dios se aparta de los corazones vengativos. No quiero odiar á nadie, no quiero hacer el mal. Sean ricos ó sean pobres, amaré á todos los hombres, puesto que todos son mis hermanos; y, cuando la condición de mi destino me parezca dura, en vez de dejarme ir á la envidia y al odio, clamaré á Dios para que me envíe su luz para guiarme y su fuerza para ayudarme.



Otro toque de atención

Ex un número pasado, dimos cabida en nuestras humildes columnas á un artículo titulado: «Hasta cuándo» escrito por un ilustrado hermano nuestro de La Habana, para combatir el mercantilismo en los Centros espiritistas y en los médiums porque creíamos muy necesario y muy oportuno el hacerlo así.

La ignorancia sumra en la que gime la razón humana es la principal culpable de muchos de estos actos repugnantes cometidos en nombre de un ideal de redención que reúne en sí todos los progresos: intelectuales y morales.

¡Desgraciados de nuestros hermanos que emplean así facultades tan elevadas como la de la inteligencia, olvidan lo que esa facultad, cuando de veras existe en un ser es un sacerdocio de cuyo empleo la conciencia de cada uno le peleará estrecha cuenta en el espacio, si antes no despierta para torturarse terriblemente!

Nuestro amor al ideal que nos cobija, al que todo lo debemos, al sentimiento de cariño fraternal que nos inspiran nuestros compañeros de destierro y de sufrimiento, los hombres, nos trazan la obligación de buscar todos los medios para atajar esos males señalados en el artículo precitado, porque nos inspiran igual repulsión esos actos cometidos á la sombra del Espiritismo como el derramamiento de sangre hecho en presencia y á invocación de la Cruz.

Hay tanta ignorancia aún en el alma humana, que la hace vivir en una continua sombra que puede llevarla hasta los mayores absurdos, en las manifestaciones de su voluntad.

Sabemos que existen Centros en los que se pregunta á los espíritus sobre la suerte posible de los evocadores en la lotería, sobre la conveniencia de tal ó cual unión etc., etc. Hemos oído referir de

una médium que ofrece el agua magnetizada como disolvente á las pobres víctimas del sensualismo del hombre.

En fin, mil hechos se cuentan como frutos de la mediumnidad pagada que entristecen grandemente al corazón.

¿Cómo es posible esto?

¡El Espiritismo que es fuente de luz y de bienes para la humanidad, transformado en un elemento destructor! ¡Los espíritus de luz y de verdad, llamados para decir la buenaventura, para descubrir á sus evocadores el sitio donde se halle una mina, una fortuna, etc!

¡Ah! Hay que confesar que esto es repugnante en alto grado y subleva al hombre que vé algo de la verdad.

El Espiritismo es una ciencia que sólo puede producir un inmenso bien al que se dedica á su estudio, al que trata de ponerla en práctica en su propio sér. Además de ciencia, es la Moral evangélica en toda su pureza.

¿No comprenden los Centros, los médiums que así obran, que con sus actos pueden echar el ridículo sobre esa ciencia y sobre esa moral admirables ofrecidas á los pobres habitantes de la tierra para su regeneración y progreso?

¡El Espiritismo tratando de ayudar á los hombres para escapar del efecto lógico y natural de sus acciones!

¿Quién puede creer en semejante absurdo?

Precisamente la filosofía espírita enseña todo lo contrario, ó sea, que existe la Ley suprema que lo rige todo, que el presente del hombre es consecuencia de su ayer como el mañana lo será de su hoy.

Ante esos hechos, es necesario restituir á la ciencia y á la moral espíritas el esplendoroso brillo que tienen y que no pueden empañar ni nuestras miserias ni nuestras inmundicias pasionales.

En cuanto á los Centros y á los médiums que se entregan á tales prácticas, debemos recordarles que, con esto, se preparan siglos de siglos de tinieblas y de sufrimientos.

Por compasión y por amor hácia nuestros hermanos que así obran, se lo hacemos presente hoy, procurando apartarles así del precipicio, del abismo insondable que tienen abierto á sus piés.

DE ULTRATUMBA

No creáis que me desanimo al ver aquí solo el sexo débil reunido; no, pues sé que siempre fué la mujer la que sostuvo con más firmeza sus convicciones y esta afirmación mía, os la voy á probar con un poco de historia.

El Salvador de los hombres vino al mundo para enseñarnos la ley de amor. Alma grandiosa que poseía el secreto de la sabiduría eterna, todos sus actos en la tierra llevarán el sello especial de sencillez, de grandeza y de sublimidad del origen divino, de donde emanaban.

¿Quién comprendió lo admirable de la doctrina de Jesús? La mujer. ¿Para quién fueron dirigidas las primeras palabras de redención? Para las mujeres.

Cuando la tierra se estremecía de gozo al sentirse hollada por el divino Maestro, las muchedumbres ignorantes no acertaban á comprender la magnitud de su palabra.

En Samaria, una mujer fué la primera en percatarse de la magnanimidad de sus conceptos; en la Ciudad de Sichart, rendido Jesús por el cansancio y mientras esperaba á sus discípulos, sentado junto al pozo, (que Jacob, un día, dió á su hijo) vió á una mujer que se acercaba á sacar agua y le dijo: Mujer, dame agua; y le respondió: ¿Cómo tú, siendo Judío, le pides agua á una Samaritana, olvidando antiguos odios? Entonces, Jesús le respondió: Porque el que beba de esa agua volverá á sentir sed; mientras que el que beba del agua que yo le diere, no padecerá ya jamás de ella. Y como si de los labios de Jesús saliera una música celestial, así salieron los preceptos de la moral cristiana, que la Samaritana oyó por vez primera. Como para Jesús no había secretos en el corazón humano, le habló á la mujer desconocida de todo su pasado, con tanta certeza, que ella llena de estupor y comprendiendo que algo divino había en aquél hombre, le dijo: Tú eres Dios, tú me hablas de cosas que te son desconocidas; ¿eres acaso el Mesías prometido? Jesús le respondió con sencillez: Sí, soy el que viene á redimiros por el amor. Ella que se penetró bien de la grandiosidad de sus palabras, volvió al pueblo ensalzándolas, reunió las muchedumbres y les hizo ir á donde Jesús las esperaba.

Con todo corazón estuvo dos días entre ellos explicándoles los conceptos de la nueva fé. Como en sus explicaciones encontraban ellos la grandiosidad de las enseñanzas divinas, que á Jesús le eran concedidas, al separarse seguido de sus discípulos, todos se unieron á la mujer que por ella habían tenido la dicha de oír al Maestro y le dijeron: Tenías razón, mujer; éste es el Cristo.

No hay que dudar de que las mujeres como la Samaritana, son las llamadas á admitir una idea noble y grande. ¿Quién siguió valerosamente á Jesús hasta el calvario después de abandonarle sus discípulos? Las mujeres. Después del sacrificio, ¿quién llora al pié del madero? Las mujeres: María, la madre sin ventura y María Magdalena, la pobre pecadora redimida por el amor.

Pasan los tiempos y después de cumplirse las profecías del sacrificio, el nuevo evangelio es el llamado á regenerar al mundo, á que nuevas auroras brillen para el espíritu encarnado. Sí, queridas

mías. ¡Cuántas legiones de mártires sellaron con su sangre la nueva fé, hasta derribar á Roma, hasta quitar de sus pedestales á los antiguos y falsos Dioses!

Seamos nosotras, queridas hermanas mías, las que socavemos los cimientos de la Ciudad inculta, de la Ciudad pagana. Luchemos sin cesar y empuñando el estandarte verdadero derribaremos el edificio carcomido por el tiempo, que por el peso de sus años no tiene más remedio que venir abajo, y sobre sus ruinas, elevaremos el monumento para rendir culto al Dios grande, al Dios verdadero, y con ello conseguiremos que los enemistados pueblos se unan en un abrazo fraternal y que todas las razas conulguen en el mismo altar.

Un espíritu que os ama.

* * *

El lamento y la queja suben al cielo; el lloro y la sangre empapan la tierra; pero la mayor pena de los más atribulados no es causada por la desolación que la muerte siembra á su paso, sino porque se agota el tesoro en que pusieron su corazón. Confiaron el porvenir en sus arcas repletas, y los bienes de la Tierra huyen, como el humo, al soplo de la adversidad.

¡Dichosos aquellos que miran con ojos serenos la marcha de la Justicia, desenvolviéndose providente y sabia en el desarrollo de los acontecimientos!

¡Oh, vosotros que conocéis la pobreza, que esperásteis en la Providencia: vosotros que no teméis perder lo supérfluo y que conocéis el valor de lo necesario, vosotros ni tembláis, ni os lamentáis, ni lloráis vuestras penas, porque ha tiempo que las resignásteis en las manos de Dios!

¡Cuán distinto es vuestro llanto! ¡cuán diferentes vuestros suspiros, elevándose al cielo en aras de la súplica justa, necesaria! ¡cuán diferente es el sentimiento que embarga vuestro corazón en presencia de las calamidades públicas, al de aquellos que no agradecen el pan de cada día, porque sus necesidades se extienden al boato, á la pompa, al lujo y á lo innecesario, y su confianza radica en el polvo de los mundanos intereses que acumularon, no para bien suyo y provecho de los demás, sino para el goce de su propio egoísmo, de su perdición y del desprecio, del olvido y de la indiferencia hácia los desvalidos y necesitados.

¡Infelices de los grandes!

¡Pobres de los encumbrados!

¡Miseros de los ricos egoístas!

¡Desdichados de los soberbios y orgullosos de la Tierra!

Angel